

La nueva ola de feminismo global

Feminismo, movimiento de época, decíamos. La pujanza del movimiento feminista parece anunciar un nuevo horizonte de esperanza y fuerza. Se trata de algo más que palabras. Algunos apuntes:

1. *Un movimiento feminista global.* El #NiUnaMenos de las argentinas ha inaugurado un periodo de interpelación feminista a escala internacional. En el centro, la cuestión de los feminicidios. Este *hashtag* corrió como la pólvora, encendió una llama que alcanzó las dimensiones de incendio global. #NiUnaMenos nos hizo comprender la conexión entre las manifestaciones masivas contra la violencia de género en todo el mundo. Pero la consigna no era puramente expresiva: la organización de las dos últimas convocatorias del 8 de marzo con lemas, demandas y formatos de protesta comunes elevó las aspiraciones del movimiento. Si el 8 de marzo del 2017 lanzó una ambiciosa invitación a un paro internacional de mujeres —que aterrizó de forma más o menos exitosa según países—, el último 8M del 2018 radicalizó la apuesta con la convocatoria de una huelga feminista. Se promovía así un desplazamiento de las violencias machistas (feminicidios, violaciones, agresiones y abusos sexuales) a la fuente socioeconómica de la producción y reproducción del patriarcado,

esto es, a la división sexual del trabajo. En la raíz de la nueva fuerza política feminista estaba un conjunto de causas complejas. Sin duda, la presencia de las mujeres en todos los espacios de la vida pública: la calle, el mundo laboral retribuido, los media, las redes, la arena política, etc. Las nuevas generaciones de mujeres han crecido y se han socializado en el mundo de la teórica igualdad formal, de la igualdad en derechos; y hoy no parecen dispuestas a ceder ni un milímetro en los terrenos conquistados.

<60>

Otro elemento a tener en cuenta, son los usos creativos de Internet y de las redes sociales, que también estuvieron en la base de las primaveras políticas de 2011. El desmoronamiento del opaco y elevado muro de separación entre los espacios público y privado ha producido enormes grietas sobre las que rezuma la politización de lo antiguamente entendido como «lo personal». Lo personal se ha vuelto más político que nunca, y lo ha hecho a una escala global.

Pero más allá de las causas, ¿dónde reside esta capacidad de interpelación planetaria? Sin duda, en la lucidez, la osadía y la generosidad de superar el marco del Estado nación como escala de transformación. Pese a la sempiterna tentación de regreso a dicho marco, tanto por parte de las fuerzas políticas de extrema derecha (que prometen salvarnos de las consecuencias de la globalización cerrando fronteras y retornando a autarquías imposibles), como de unas izquierdas tradicionales aún persistentemente refractarias a entender las dimensiones irreversibles de la división internacional del trabajo, ni las patrias ni las banderas sirven de nada cuando las dimensiones del conflicto alcanzan una escala global.

El movimiento feminista sabe que la división del trabajo se despliega en el mismo terreno internacional que la división sexual y, que esta última es de hecho, parte de la primera. Su horizonte de organización tiene necesariamente una vocación transfronteriza.

2. *Feminismo es anticapitalismo*. Volvamos al núcleo más materialista y concreto de la crítica feminista. Cuando pone la vida en el centro, el movimiento feminista impugna la economía entendida como depredación de los recursos de todos en provecho de la acumulación para unos pocos. Los discursos provenientes del ecofeminismo, en especial, revelan las mistificaciones de los conceptos nacidos de la modernidad: el progreso o el desarrollo entendido únicamente en términos tecnológicos o de avances científicos. Vivimos de hecho tiempos de un «progreso» que no asegura el bien común y ni siquiera aspira a él. El mundo existente y prometido es una fábrica de miseria, de explotación, de guerra, de esclavitud y de muerte.

<61>

Apenas sorprende, por eso, que sean los movimientos feministas, y las mujeres en general, el agente político activo en las luchas por la tierra, la soberanía alimentaria, la vivienda, los cuidados. Llámese crisis de los cuidados o división sexual del trabajo, lo que el feminismo pone en el centro es el reconocimiento, reparto y socialización (no solo mediante dispositivos público estatales, sino también a través de una corresponsabilización de orden social y comunitario) de todos los trabajos que sostienen la vida. Desde la crianza a la atención a la enfermedad, pasando por el acompañamiento a las situaciones de dependencia, al fortalecimiento de las redes que hacen posibles las relaciones humanas en general y las políticas en particular. La

apuesta del movimiento feminista es por eso anticapitalista: el desafío está en sustituir la acumulación de capital por el sostén de la vida como eje articulador de la economía que organiza nuestros tiempos, nuestros espacios y nuestras formas de vida.

<62>

3. *Inclusivo, plural y transversal*. La relación de dominio patriarcal no entiende de fronteras, ni de etnias —y es transversal a las clases—. Como un espejo invertido, el feminismo está mostrando una capacidad para integrar situaciones de opresión específicas.

Recordemos las décadas de 1970 y 1980. Estas trajeron la imprescindible y enriquecedora ruptura del sujeto «mujer», estallado en una proliferación de múltiples feminismos. Florecieron, en especial, los feminismos relacionados con las distintas orientaciones sexuales, las diferentes identidades de género y los feminismos racializados. Los feminismos negros y los insubordinados a la norma heteropatriarcal, en todas sus declinaciones, ampliaron y diversificaron (no sin resistencias, conflictos y tensiones) los ámbitos de batalla feministas. También se ampliaron las alianzas potenciales y las herramientas (teóricas y prácticas) para poder abordarlos.

Hoy, en el contexto de ataque brutal a las condiciones materiales de vida que llamamos neoliberalismo, el desafío del feminismo no debería estar en la reconstrucción de un sujeto político único. Conviene rechazar las operaciones peligrosamente reunificadoras, invisibilizadoras o aplanadoras de las opresiones específicas. El movimiento se plantea profundizar en el reconocimiento de todos los proyectos autónomos de acción política; todos aquellos capaces de construir teórica y experiencialmente una política contra las

diversas especificidades de la opresión patriarcal (en función de la etnia, la religión, la edad, la orientación sexual, la identidad de género o la diversidad funcional). Tejer alianzas empoderadas capaces de alcanzar objetivos de conquista material comunes pasa por este reconocimiento. La división sexual del trabajo y todas sus declinaciones (feminización de la pobreza, no reparto ni socialización de las tareas de cuidados o de «reproducción») no parecen un enemigo fácil de combatir, pero constituyen, irrefutablemente, un enemigo compartido.

<63>

Tanto el desarrollo actual de las herramientas de lucha feminista, como el empoderamiento y osadía política del movimiento nos colocan en una situación ventajosa de cara a superar las versiones más impotentes del feminismo. Hablamos, por un lado, del feminismo liberal, que asfixia toda capacidad transformadora en el malentendido de la igualdad formal. Y por otro, criticamos determinadas modalidades identitarias que, en nombre del feminismo, renuncian a la acción política conjunta en pos de lugares de victimización narcisistas, culpabilizadores y poco productivos políticamente.

Entre estas tendencias identitarias resulta preciso resaltar al menos dos, que nos plantean debates urgentes. La primera corresponde a aquellos espacios o grupos que sucumben al «fenómeno» de la denominada violencia de género. En otras palabras, a la banalización que desde los medios de comunicación y desde la política de la representación, reduce el conflicto real (la relación de dominio y explotación estructural que es el patriarcado), a una cuestión de víctimas y de verdugos, de hombres y mujeres, de violencias machistas únicamente entendidas como agresiones físicas y

<64> feminicidios. La segunda está relacionada con aquellos colectivos o proyectos que anteponen las políticas del ser a las del hacer, y prefieren dibujar jerarquías de opresión a acordar objetivos políticos comunes. En palabras de la anglo-india Pratibha Parmar, en su esfuerzo por explicar el declive de los feminismos negros de los años ochenta en Gran Bretaña: «Muchos de estos movimientos se están estancando porque hay un rechazo a reconocer la necesidad de salirse de las formas del ser (de esa acumulación de "ismos" de raza, sexo, clase, discapacidad, etc), e ir hacia las formas del hacer».

¿Podría este movimiento —de vocación internacionalista, anticapitalista y de acción política transversal— relevar a una «izquierda» confusa y perdida en sus estrategias de Estado? ¿Podría este movimiento generar formas de organización capaces de superar las formas de la representación, y al mismo tiempo situarse en el conflicto exitoso que mejora materialmente nuestras condiciones de vida?

Entramos en una fase decisiva. Tras la demostración de la potencia de la movilización, palpitan redes formales —como la organización del 8M, la incipiente articulación de miles de periodistas, una miríada de grupos—. Asistimos a un estado de opinión, a un clima, ¿por qué no?, hegemónico. Este nuevo magma feminista tiene una capacidad demostrada: así se ha visto en la respuesta a la sentencia de la Manada. Es de prever que sobre esta base, sea complicado perder derechos. Sin embargo, ¿cómo conquistar otros nuevos?

Aventuramos la necesidad de componer una agenda plural pero compartida que pueda vincular el núcleo de sus demandas —la cuestión de la reproducción y sostenibilidad de la vida como eje transformador de toda la sociedad— a las luchas en marcha. Si las

reclamaciones laborales, de los pensionistas, contra la precariedad y por la renta básica forman parte de lo que aspiramos que sea un cambio global hacia una sociedad feminista, estaremos más cerca de ampliar el ámbito de los derechos. El motor de la movilización es la violencia machista. Progresivamente, sin embargo, el foco se desplaza de la violencia hacia otra violencia: la precarización del trabajo y de la vida que viene acompañada por la contracción de un Estado del bienestar, ya de por sí parco. La dictadura de las finanzas contra la posibilidad de una vida más allá de la mera subsistencia debería ocupar buena parte de los debates y de la agenda de movilización feminista y supone otro de los retos pendientes.